

Dios. El fondo de su pensamiento fue el paso de lo abstracto a lo concreto, el cumplimiento del conocimiento abstracto de la verdad en el ejercicio concreto de la vida religiosa, que consiste esencialmente en nuestra adhesión libre a la realidad singular de la Persona divina de Jesucristo.

La fidelidad al realismo teológico de Santo Tomás reclama: 1. El estrecho lazo que debe unir teología dogmática y moral. Y la moral teológica debe ser esencialmente una moral del amor, no del amor fraterno, ni del amor que se dirige a Dios, sino del Amor que viene de Dios. 2. Respecto al *desiderio naturale* no es una noción deducida por santo Tomás de la naturaleza en abstracto sino históricamente, es decir, la naturaleza creada en Cristo. Esa noción viene de la unidad originaria de la creación y del proyecto de amor trinitario de la que procede. 3. Reunir en la cristología de la tercera parte de la *Summa* todas las cuestiones históricas de las dos primeras partes: la historia de la creación y de la caída de los ángeles y del primer hombre, la de la Ley antigua y de la Nueva. Y una tarea aún mayor: integrar toda la historia en el trabajo del teólogo.

El lugar de Cristo en el pensamiento de Santo Tomás es total. Hablar de Dios para un cristiano es hablar de Cristo. Toda la *Summa Theologiae* es ciencia, pero en las dos primeras partes es ciencia abstracta y en la tercera se hace ciencia concreta. Y esa ciencia reclama la *imitatio*. Cristo no es sólo el camino, es la vida, es el Hijo. Al cual hay que darse libremente para creer, para convertirse en teólogo, para comprender las dos primeras partes de la *Summa*. La teología tomista no es solamente cristocéntrica como sistema sino que está animada por Cristo mediante la fe del teólogo que subalterna su conocimiento que, en su Verbo, Dios tiene de Sí mismo y de Su obra. En la teología de Santo Tomás Cristo es todo, por eso él puede ser maestro de todos, porque es discípulo del único Maestro, que es la verdad total recibida del Padre.

M. LLUCH BAIXAULI

José Luis ILLANES-Josep Ignasi SARANYANA, *Historia de la Teología*, («Sapientia Fidei» 9) Biblioteca de Autores Cristianos, 2ª edición revisada, Madrid 1996, 406 pp.

El plan general de la serie de manuales de teología que, bajo el nombre «Sapientia fidei» viene publicando la Biblioteca de Autores Cristianos preveía esta Historia de la Teología dentro del grupo de manuales comprendidos en el apartado «Teología Fundamental». Este apartado incluye

además de la Historia de la Teología, los manuales correspondientes a la introducción a la teología, a la teodicea, a la fenomenología de la religión, a la teología de la religión y de la fe, y a la patrología. El conjunto de estas obras no escapa a una cierta heterogeneidad, ya que no a todas alcanza de igual manera el carácter específicamente teológico, aunque todas desarrollen una función necesaria —«fundamental» en un sentido más amplio que el de la Teología Fundamental propiamente dicha— para quienes inician sus estudios de teología.

A la luz de lo anterior, resulta inevitable para quien afronta la empresa de redactar una historia de la teología plantearse una cuestión previa: ¿será necesario fijar lo sustantivo en lo histórico, siendo entonces lo teológico algo en cierto modo secundario, o más bien será al revés: lo teológico el elemento básico a la hora de presentar esa historia de la teología? Los autores de esta obra se plantean el problema y responden con toda claridad, ofreciéndonos de paso su intención y su metodología. Para Illanes y Saranyana, la historia de la teología es, sobre todo teología; su carácter es primeramente teológico, y después histórico: «el análisis del proceso histórico de la teología cristiana constituye una forma excelente de educar la propia inteligencia al empeño de pensar en la fe y desde la fe, sirviendo así de base para ulteriores desarrollos». En consecuencia, la Historia de la Teología ofrece sobre todo «una verdadera introducción a la Teología como tal» (p. XVI).

La opción de los autores se muestra en momentos especialmente significativos, como veremos más adelante. No prescinde, de todos modos, del aspecto documental y específicamente histórico. En profunda relación con este aspecto, aunque no se reduzca a él, está, en primer lugar, la cuestión de la periodización de la historia de la teología. Los autores renuncian a la división clásica de las «edades» (antigua, media, moderna y contemporánea) y prefieren dividir esa historia en tres etapas: el periodo patrístico, el periodo escolástico y el periodo moderno o contemporáneo. Parece, a este respecto, que la novedad está sobre todo en la prolongación del periodo escolástico hasta la escolástica barroca del XVI, y en el tercero de esos periodos, el moderno o contemporáneo, que abarca desde el XVII hasta la situación actual. Aceptando básicamente ese planteamiento, me pregunto, sin embargo, si no se dan en este tercer periodo diferencias tales que sería oportuno establecer alguna división más neta, sobre todo entre la teología que llega hasta el siglo XIX y la que comienza, sobre todo, al final del siglo pasado y llega hasta hoy. (Personalmente incluiría alguna otra etapa en el tiempo que hay entre el diálogo con el idealismo y romanticismo en el XIX y el Vaticano II: p. XXII).

De los tres periodos de la historia de la teología, la obra que comentamos se ocupa del segundo y del tercero, ya que el primero —el patrístico— cuenta con un manual propio dentro de la misma colección, como ya se ha puesto anteriormente de relieve. El medievalista e historiador de la teología americana J. I. Saranyana se ha responsabilizado del periodo escolástico en la primera parte, en tanto que el teólogo J. L. Illanes ha hecho lo propio con la teología de las épocas moderna y contemporánea (segunda parte). Los numerosos trabajos y publicaciones de ambos profesores son una garantía previa de la calidad del trabajo que firman. Esta *Historia de la Teología* comprende once capítulos que vamos a describir brevemente.

El periodo escolástico comienza con el examen de sus balbucesos en la teología monástica, el periodo carolingio y culmina en el siglo XI con Anselmo de Canterbury (capítulo I). El resto de los capítulos estudian cada uno un siglo de teología, desde el XII hasta el siglo XVI, y en ellos encuentran su lugar los temas, escuelas y autores más característicos de este tiempo: las escuelas de Laon y de San Victor, Pedro Abelardo, S. Bernardo, los grandes teólogos dominicos y franciscanos, el nominalismo, el humanismo del XV y la escolástica del XVI. La fidelidad al criterio cronológico y el deseo de no separar la escolástica del XVI de la de los siglos anteriores ha obligado a incluir dentro del periodo escolástico también al luteranismo, aunque quizá su lugar más propio estaría en la edad moderna. Saranyana presta especial atención a la teología del siglo XIII, en la que distingue tres generaciones, y a la del XVI, (la escolástica barroca). Cabe destacar asimismo las interesantes páginas dedicadas a la teología americana de ese mismo siglo.

El mismo criterio cronológico se hace presente en la segunda parte, en la que J. L. Illanes dedica cinco capítulos a los siglos XVII-XX, correspondiendo a nuestro siglo un tratamiento más amplio, en dos capítulos. Contrariamente a lo sucedido en el período anterior, en estos siglos la relación entre la filosofía y la teología es deconstructiva, se rompe, y una parte de la reflexión teológica girará en torno a esta ruptura que amenazaba la consistencia de la misma teología. Este hecho hace inevitable el referirse, a veces con bastante detenimiento, a cuestiones filosóficas que han tenido una notable influencia en teología. Esto se aprecia sobre todo en capítulo VIII («La teología ante la Ilustración y el Idealismo») en el que Illanes ofrece una síntesis de la naturaleza de la Ilustración, del pensamiento de Kant, del Idealismo y del romanticismo, etc. La exposición se hace más detenida al tratar de la teología del XIX y, más todavía, del siglo XX, particularmente del periodo anterior al Vaticano II.

La pregunta que, seguramente, a muchos lectores les vendrá la cabeza es si es realmente posible tratar en tan sólo cuatrocientas páginas —como parece exigir el formato editorial— de una manera suficiente, incluso para las características de un manual de historia de la teología, de tantas y tan complejas cuestiones como esa historia comprende. Admitida la dificultad, una opción hubiera sido el análisis de las corrientes fundamentales y el estudio genético de lo que hoy tenemos en teología, reduciendo el arco de cuestiones a unas pocas, y despreocupándose de cuestiones y autores más particulares. Pero entonces, quizá, no podría hablarse con justicia de Historia de la Teología. Los autores han optado por ofrecer una historia de la teología completa en la que encuentran su lugar todas las corrientes de ideas y los autores que con más o menos derecho forman parte de esa historia. Inevitablemente, la referencia a muchos de esos autores no puede hacerse sino *per modum elenchi*, pero en todo caso aparecen situados cronológica y culturalmente. El complemento necesario con el que esa presencia, a veces mínima, tiene sentido lo dan dos elementos de gran importancia. En primer lugar, las descripciones generales que sirven para introducir temáticas, escuelas y periodos —sobre todo en la segunda parte. La síntesis que ahí se ofrece sirve de clave esencial para la comprensión. Ahora bien, todo eso sería sólo medianamente válido si no contara con el segundo elemento que es la bibliografía que permite eventuales consultas y ampliaciones. Los dos elementos —cuadros generales y bibliografía— aparecen en cantidad más que suficiente. Ahí cobra su importancia la tarea del profesor. Sin duda esta obra se puede manejar individualmente, pero dada la amplitud de la temática, el mejor modo de sacarle todo su provecho vendrá como resultado de una guía experta.

Merece destacarse la inclusión decidida de los autores espirituales. Más allá de la discusión posible sobre la naturaleza de la teología de los espirituales, es evidente que la relación entre pensamiento y vida que alcanza necesariamente a la teología se da de un modo muy original y sintético en los autores que han dejado constancia de su percepción experiencial del misterio cristiano.

Esta obra ha conocido en muy poco tiempo dos ediciones. Como previsiblemente no tardará en conocer más, me permito algunas observaciones menores que puedan ser útiles para una ulterior revisión.

Los autores no han querido ofrecer una bibliografía general, prefiriendo remitir en cada momento a otras historias de la teología más amplias, junto a monografías particulares sobre cada cuestión. Me atrevo a aventurar que supondría una verdadera aportación recoger en una bibliografía general las obras que exponen toda la historia de la teología o perio-

dos amplios o más significados, y que aparecen citadas a lo largo de los diversos capítulos. (Entre esas obras habría que incluir la *Storia della Teologia* dirigida por E. dal Covolo, F. Occhipinti y R. Fisichella —Dehoniane, Roma 1995-1996— así como la dirigida por A. di Berardino y B. Studer, publicada hasta ahora sólo parcialmente). Respecto a la bibliografía particular, es inevitable que se eche en falta tal o cual título, pero es en todo caso más que suficiente.

Una observación también menor se refiere a la transcripción de los nombres extranjeros. Los dos autores de la obra siguen criterios diversos, y así como Illanes mantiene los nombres en su lengua original, Saranyana los transcribe al español (aunque no siempre: pp. 113, 122-123). Esta castellanización resulta extraña en algunos casos. Así, por ejemplo, Enrique Susón, Godescalco, o términos como fraticello. Algo semejante sucede con la adopción del término «Aquino» para rederirse a S. Tomás. No sé si en el futuro se generalizará esa designación, pero hoy por hoy resulta extraña, ya que lo que en algunos casos es admitido (Ockam para designar a Guillermo de Ockam), en otros no es aceptado (no se llama Rotterdam a Erasmo, ni Claraval a S. Bernardo)

Aunque por tratarse de un manual las explicaciones que se ofrezcan son siempre útiles, no estoy totalmente seguro, sin embargo, de la oportunidad de algunas notas catequético-doctrinales que puntualizan las posturas de algunos autores (pp. 108; 111). En algún caso, incluso, me parece al menos discutible la tesis que se defiende (nota 18 de la p. 111).

Sin duda, en una obra que ofrece datos tan abundantes, siempre se podría precisar uno u otro detalle, sin que la calidad del trabajo viera disminuído su mérito. En el caso que nos ocupa, queda como resultado final una historia de la teología que, dentro de sus características de manual, destaca por su seriedad, rigor y utilidad, y a la que, por estas razones, no es aventurado suponer que se difundirá abundantemente dado el servicio que puede prestar para la enseñanza y como obra de consulta.

C. IZQUIERDO

José ORLANDIS, *El pontificado romano en la historia*, Palabra («Ayer y hoy de la historia» 11), Madrid 1996, 250 pp., 15 x 20. ISBN 3-8239-122-4

A lo largo de las páginas del libro el autor quiere subrayar el ejercicio del Primado papal y resaltar las modalidades que tuvo ese ejercicio en las distintas coyunturas históricas y en los diversos territorios cristianos.